

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

LA acritud, según todas las autorizadas definiciones, proviene de la alteración de nuestros humores. Estos humores se nos alteran por una de estas causas: o por una cuestión moral o fisiológica, o por ambas cosas a la vez. Como quiera que ello suceda, cuantísimas lágrimas hemos hecho derramar en este mundo a seres inocentes por nuestra humana intemperancia. De ordinario, solemos abandonar el lecho con mal gusto de boca, algo así como nos ocurre ahora con demasiada frecuencia cuando, después de haber pagado un precio exorbitante por una minúscula taza de un misterioso brebaje, salimos enteramente defraudados en nuestros deseos de tomar un sorbo de café. Sentimos, al irnos vistiendo, una sorda irritación de la que no se libran nuestros seres más amados. Refunfuñamos con contenido furor y hacemos responsable a nuestra esposa, por su torpeza y desorden, de no encontrar en su sitio nuestra corbata, cuando la verdad es que nosotros mismos la hemos dejado resbalar en la noche anterior desde el perchero al suelo. A partir de este instante, no parece sino que han sido dadas las órdenes de batirse en retirada. Peor todavía, porque, lejos de calmarnos este abandono, nos irrita más. Irrumpimos en el comedor y comenzamos a gritar que tenemos que entrar en el negociado a la hora exacta. Entonces, viene nuestra señora de la cocina, en donde habrá estado dando instrucciones.

—Hombre, por Dios, parece que has pisado hoy una mala yerba.

—¿Yerba?—le respondemos con aspereza—Yo no creo que esto sea ninguna selva.

Entra, por fin, nuestra doncella con una estúpida sonrisa a ordenar el servicio.

—No sé por qué le he de repetir tanto las cosas todas las mañanas—le increpo.

—Señorito...

—Ni señorito, ni señorita; debiera tener más atención a sus obligaciones.

Al mirar el reloj vemos que nos falta nada menos que muy cerca de una hora para entrar en la oficina. Hay tiempo, como vulgarmente se dice, para ir a Roma y volver, pero lo dicho, dicho está.

En este punto, nos parece haber visto una mirada y hasta un gesto de inteligencia entre mi mujer y la sirvienta. «Tú cállate a todo; no le repliques», parece como si le hubiese dicho. Esto nos produce un rápido, pero agudo dolor, igual que si nos hubieran dado un lanzazo en el mismísimo hígado. Pues ni que yo fuera alguna fiera corrupta. Ahí tienen ustedes a los límites que llega la incompreensión de las mujeres.

—Usted me dirá, señorito—me pregunta al servirme el chocolate.

—Yo le diría muchas cosas a su torpeza por servirme así de caliente esta mala pócima que usted hace. No hay quien se acerque a él.

—Tenga en cuenta el señorito que ya me ha reñido muchas veces porque no le gusta frío.

—Pero, ¿y el sentido común, y el sentido común?...—le replico con ánimos de fulminarla.

Nueva mirada de mi mujer a la doncella que se vuelve a la cocina con un hipo idiota, según a mí se me figura, que le hace llevarse el pañuelo a los ojos.

—A tí se te figurará que estos picatostes se pueden comer?

—Ay, hijo, ahora voy y te hago yo misma otros, no te apures.

—Apurarme, apurarme...—le digo echando lumbre por los ojos. Con estas y otras despreocupaciones vuestras para todo estropeáis la vida a cualquiera.

Mi mujer no replica, pero me parece verle otro pequeño hipo con el que se va a buscarme el gabán mientras se frota los ojos como si le picasen.

A poco, me encuentro en la parada del autobús echando pestes de la informalidad de sus horarios cuando veo venir a nuestro don Felipe, al siempre correcto y diplomático don Felipe. Llega, como de costumbre, respirando jovialidad por todos sus poros. Sin embargo, intento hacerle participe de mi indignación contra la banalidad de casi toda la gente que nos rodea. Yo no me explico cómo todo este mundo que se agita a estas horas en busca de sus puestos de trabajo pierde el tiempo en hablar tantas insulseces. Ahí tenemos riendo y charlando por los codos a esa parejita joven. Habrá que ver lo que se tendrán que decir a las nueve de la mañana. Y nada digamos de los conductores de toda clase de vehículos que hablan hasta con los agentes de la circulación. Pero don Felipe me dice que él ha rectificado sus conceptos hace ya mucho tiempo porque el mundo es así y nada más que así.

—¿Qué remedio vamos a poner a nuestros puntos de vista y a nuestras contrariedades porque se los hagamos notar a los amigos?

E intenta, al subir al autobús, contarme el último chiste. Por poco, me echo sobre él y lo estrangulo.

—Buenos días, señor—me dice el ordenanza del ascensor.

Y entro en mi despacho.

—Señor Jiménez, digo, prepare un razonado informe para que nos supriman la mitad de las horas extraordinarias.

—Pero...

—Nada, nada; el Erario público no puede con más y las vigiliasson necesarias a la clase media.

Al sentarse Jiménez a la máquina, parece como si se hubiese caído sobre la silla desde la torre Eiffel.

Y hasta creo oír desde la puerta de los ordenanzas:

¡Qué barbaridad!

Y lo es, señores; y lo es.

MARIANO E. CARDENAL